

## LA OSCURA GENEALOGÍA DE CERVANTES

JOSÉ GÓMEZ MENOR-FUENTES

Numerario

Hablar de Miguel de Cervantes, el más representativo de los escritores de nuestra lengua, es un verdadero placer, un gozo para el espíritu. Con su gracejo andaluz y su simpatía madrileña, Cervantes cae bien a todo el mundo. Pero es también una grave responsabilidad, si hemos de ser fieles a aquellas palabras del *Quijote*, 1<sup>a</sup>. parte, capítulo IX: "debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y nonada apasionados, y que ni el interés, ni el miedo, el rencor ni la afición no le hagan torcer el camino de la verdad".

Y me uno cordialmente este año a la ya tradicional conmemoración cervantina, por un recuerdo personal. Año más o año menos, hace cincuenta de mi primer contacto serio con el *Quijote* y de la lectura de *Rinconete y Cordatillo*, guiado por la sabia pedagogía del catedrático de Instituto don Jerónimo Rubio, sustituido a veces, en su ausencia, por un profesor algo más joven y delicado poeta, don Clemente Palencia Flores. Han transcurrido de aquellas lecciones de literatura un largo medio siglo, pero no he olvidado ni la maestría expositiva del primero, ni la contenida emoción del segundo. Ambos, con su palabra docta y elocuente, contagiaban a aquellos alumnos quinceañeros su fervor y admiración hacia la obra cervantina.

Forzosamente debo ser muy breve en la exposición del tema. Contando con la benevolencia de la Academia, dejaré una versión más extensa de esa materia para su publicación en nuestro boletín.

Quiero advertir, naturalmente, que ante mí he tenido abierta la hasta hoy mejor biografía del autor del Quijote, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes*, debida a Luis Astrana Marín, en siete tomos, publicado el primero en 1948. De ella ha escrito Juan Bautista Avalor-Arce: "La monumental biografía de Astrana Marín, utilísima por su documentación, es casi inmanejable por la total ausencia de buenos índices". La usaré, de todas formas, porque es sencillamente insustituible.

El volumen I de esta obra, de más de 300 páginas, lo dedica Astrana Marín a estudiar las principales familias del apellido Cervantes, para ir centrándose, como es lógico, en el linaje familiar de Miguel, y analizar cuidadosamente los documentos que se conservan de sus ramas paterna y materna. En este acopio documental, Astrana recoge las valiosas aportaciones de tres grandes cervantistas: Rodríguez Marín, Narciso Alonso Cortés y José de la Torre y del Cerro.

A pesar de intensas investigaciones de estos eruditos, restan hoy todavía tres grandes interrogantes o zonas oscuras en la genealogía de aquel "hidalgo principal de Alcalá de Henares": 1ª. La genealogía de su madre, doña Leonor de Cortinas. 2ª. La nada clara relación de los Cervantes cordobeses con la familia del influyente arzobispo y cardenal don Juan de Cervantes, muerto en 1453. 3ª. La posible condición judeoconversa de la familia de Miguel de Cervantes, apuntada con sutileza por el gran cervantista Américo Castro.

Revisaré por este orden tales interrogantes en la genealogía del heroico soldado de Lepanto.

Primero. De la familia materna de Miguel no se sabe prácticamente nada. Sabemos, sí, que doña Leonor de Cortinas fue una esposa sacrificada al lado de su esposo -un cirujano o médico modesto, que arrastraba una notable sordera-, y madre tierna y abnegada, que luchó hasta el límite de sus fuerzas por ver libres de su

cautivero a sus hijos Miguel y Rodrigo. Nos es desconocido el nombre del abuelo materno de Cervantes; el de la abuela es Elvira de Cortinas, muerta en 1566, cuando Miguel era muy joven. Al parecer, los abuelos vivían en la villa de Arganda, aunque sé por otros conductos que los Cortinas procedían de Valdelaguna. De aquí se extendieron a Barajas, en el siglo XV, y una rama de cierta prestancia se avecinó en la villa de Madrid.

Segundo interrogante. ¿Qué relaciones existieron entre la familia del cardenal Juan de Cervantes, nacido en Sevilla en 1382, con la rama cordobesa de los Cervantes, que es la propia del autor del *Quijote*? Probablemente, ninguna. El cardenal vivió casi toda su vida en Italia, al lado de los Papas, y solo fue arzobispo de Sevilla los últimos cuatro años de su larga existencia. La familia del cardenal radicaba en Sevilla; la de Miguel, en Córdoba. El linaje familiar del cardenal era nobilísimo, como entroncado en la persona de Rodrigo Gómez de Cervantes, gran prior en Castilla de la orden de San Juan de Jerusalén, luego de Malta, que lo era por el año 1408. La madre del cardenal, doña Beatriz Bocanegra, pertenecía al linaje del señor de Palma del Río, familia que desempeñaba desde los tiempos de Alfonso X el Sabio el importantísimo cargo de Almirante Mayor de Andalucía, con sede en Sevilla. Por contra, los ascendientes ciertos y documentados del genial escritor fueron, todos, miembros de la burguesía cordobesa; el abuelo, Juan de Cervantes, un licenciado en Derecho Civil, alcalde mayor en varias ciudades, como su coetáneo Fernando de Rojas, autor de la *Celestina*; el bisabuelo, Rodrigo Díaz de Cervantes, un mercader de paños, con el nombre de *trapero*, que hubo de nacer hacia 1440, y que se dice hijo de Pedro Díaz de Cervantes, de quien nada se sabe excepto su existencia. La abuela paterna, Leonor Fernández, era hija de un bachiller en Medicina, Juan Díaz de Torreblanca. Los oficios de trapero o mercader de paños y el de médico jamás fueron desempeñados por la alta nobleza. Es moralmente imposible un entronque

de sangre entre aquellas dos familias.

No debo pasar en blanco mencionar al segundo cardenal de este apellido, don Gaspar de Cervantes, nacido en Trujillo (Cáceres) en 1511 y muerto en Tarragona, siendo arzobispo de esta sede, en 1575. A este cardenal sirvió algún tiempo el autor del *Quijote*. Este segundo arzobispo era Cervantes por su madre, posiblemente emparentada con el cardenal nacido más de un siglo antes que éste; el apellido de su padre era *de Gahete*, derivado del pueblo extremeño de igual nombre. La genealogía de don Gaspar de Cervantes me es, por el momento, desconocida.

Vengamos ya al último interrogante formulado. ¿Pertenece Miguel de Cervantes, como se ha sugerido, a ese incontable número de personas de su tiempo, vecinas de todas las villas y ciudades importantes del siglo XVI español, que llevaban en sus venas sangre hebrea, como en los casos, tan conocidos, de Elio Antonio de Nebrija, Hernán Núñez de Guzmán, el Pinciano -llamado así por haber sido el primero que se doctoró en la universidad de Valladolid, no porque naciera en esta ciudad, pues realmente vio la luz en la villa de Illescas-; el bachiller Fernando de Rojas, nacido en la Puebla de Montalbán; el cronista Fernando de Pulgar, seguramente toledano, fray Hernando de Talavera, santo arzobispo de Granada; fray Francisco de Vitoria, restaurador del prestigio de la universidad salmantina; el filósofo Juan Luis Vives, valenciano; san Juan de Ávila, santa Teresa de Jesús, los padres jesuitas Laínez, Polanco, Pedro de Ribadeneira y Alonso de Pisa; el hermano de éste último, Dr. Francisco de Pisa, historiador de Toledo; el humanista Alvar Gómez de Castro, y mil más?

Hemos de decir, ante todo, que ya no estamos en aquellos tiempos, en siglos pasados, cuando cualquier biógrafo se sentía obligado a mostrar su repugnancia a la sangre que llamaban "no limpia ni cristiano vieja", y se apresuraban a afirmar que su biografiado era de limpiísimo linaje. Tal afirmación, ya estereotipada,

se repetía lo mismo en el caso de Juan Luis Vives (de sangre judía por sus cuatro costados, cuyo padre fue quemado por la Inquisición en Valencia), en el de santa Teresa de Jesús (cuyo abuelo paterno fue penitencia por el Santo Oficio en 1486), y así de todos los demás que acabo de mencionar. Tales protestas de limpieza ocultaban claramente la más supina ignorancia sobre este punto. Lo mismo ocurre con Miguel de Cervantes, hasta hace unos cuarenta años. Astrana Marín afirma rotundamente: "*Su sangre hidalga de cristiano viejo hallábase exenta de toda contaminación árabe o judía*" (tomo I, pág. 30). Comprende don Luis Astrana Marín que le convenía probar de algún modo lo que afirma con tanta rotundidad, y así pone una nota a pie de página diciendo, como probanza, que el mismo Cervantes puso en boca de Sancho, en el capítulo octavo del *Quijote*, aquella jactanciosa expresión de que él tenía "cuatro dedos de envidia de cristianos viejos" y era enemísimo de los judíos. De escribir hoy su obra, Astrana se habría guardado muy bien de haber hecho aquella afirmación, y mucho más de aducir como prueba las tópicas palabras puestas en boca de Sancho, al fin y al cabo un personaje de novela.

Lo cierto es que existen indicios muy fuertes de la condición judeo-conversa de Miguel de Cervantes; pero, por ahora, ninguna prueba definitiva. Indicios claros hay muchos, que yo sintetizaría en estos cinco.

1º. En el siglo XVI, de diez médicos, nueve son descendientes de judeoconvertos. Y médicos fueron: su propio padre, Rodrigo de Cervantes, y su bisabuelo el también cirujano bachiller Juan Díaz de Torreblanca, vecino de Córdoba, padre de Leonor Fernández, mujer del licenciado Juan de Cervantes, abogado. Nada significa que este último estuviese por poco tiempo al servicio de la inquisición cordobesa, pues el mismo famoso padre Torquemada, primer inquisidor general, era de aquella raza.

2º. El trato de mercaderías de paños es de por sí solo un

indicio muy fuerte de pertenecer a la clase burguesa mercantil, mayoritariamente judeoconversa.

3°. Otros indicios familiares, como la condición de religiosa beata de su tía María, y de otra hermana de Juan de Cervantes, que fue monja carmelita descalza.

Estos casos familiares se refuerzan con la descripción física que él mismo nos dejó de sí, y que ha obligado a los artistas, basados en aquella descripción, a dibujar presuntos retratos tan típicamente hebraicos como el que aparece grabado en la primera biografía de Cervantes, costeada con munificencia ejemplar por el mecenazgo británico lord Carteret, donde de Granville y ministro de Estado del Reino Unido, a mediados del siglo XVIII.

Pudiera ser un dato sospechoso la total ignorancia sobre el padre de doña Leonor de Cortinas, que ésta y su madre Elvira parecen tener interés en omitir y olvidar. Por cierto, yo me atrevo a sugerir ¿no se apellidaría *Saavedra* este oscurísimo abuelo materno de Cervantes?

4°. Sus actividades, hoy diríamos profesionales, de carácter económico y burocrático, en la cobranza de las alcabalas y otras gabelas, eran típica ocupación y negocio de personas descendientes de conversos. También estaban al servicio de la hacienda real otros personajes tan representativos como Mateo Alemán, los Cotas y los la Fuente, Hurtado, Sánchez Cota, Moncada, Belluga, Cepeda, Dueñas y Peralta, de linaje judeoconverso indudable, hoy muy bien conocido.

5°. El médico toledano doctor Rodrigo de la Fuente, que pertenecía a las familias judeoconversas toledanas Jarada y Cota, puso a una de sus hijas el apellido *Saavedra*, en recuerdo de una abuela de su mujer que se llamaba precisamente María de Saavedra, que era de Illescas y moró en Canales, cerca de Esquivias. El linaje de Juan de Segura, el esposo de María de Saavedra, fue especialmente notado y castigado por judaizante por la Inquisición toledana.

Estos cinco puntos son ciertamente indicios serios, sobre todo los dos primeros. Américo Castro, en su introducción al *Quijote* de la Editorial Magisterio Español, Madrid, 1971, expone su creencia en la condición judeoconversa de Miguel de Cervantes basándose sobre todo en sus obras, que interpreta en muchos pasajes como irónicas y contrarias al sentir de la masa popular, que él mismo gráficamente pone en boca de Sancho y de Benito, una figura que aparece en el entremés de *El retablo de las maravillas*. Benito dice, como Sancho: "cuatro dedos de envidia de cristiano viejo tengo sobre los cuatro costados de mi linaje". Castro -como todos- expone la postura inequívoca de la religiosidad cervantina, sólidamente basada en la doctrina del apóstol Pablo en sus epístolas, que demuestra conocer muy bien Cervantes. Ese paulinismo le asocia a la corriente erasmiana, puesta de relieve por Marcel Bataillon en su *Erasmus y España*. Pero la ideología de Cervantes está muy matizada en la obra cervantina, donde recurre con mucho frecuencia al humor y a la ironía más sutil. La sincera religiosidad de Cervantes no le impide corregir con su ironía los excesos del clero, por ejemplo. Américo Castro ha recordado sus chistes, como el del milagro de san Martín, que movido de su caridad partió su capa con un pobre, bajo cuya apariencia se ocultaba Cristo; a esta tradición se alude en el cap. 58 de la II parte, y don Quijote observa: "*Sin duda debía de ser entonces invierno; que si no, él se la diera toda, según era de caritativo*". El mismo Cervantes da una pista para sus muchas reticencias cuando escribe poco antes, en el cap. 44, aquello de pedir para sí "*alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir*". El verdadero pensamiento de Cervantes hay que deducirlo no de las claras frases aisladas de alguno de los personajes de sus obras, sino de su armonización y concordancia, que nos muestra la sutil ambigüedad de quien conoce las radicales fracturas del alma española en el siglo XVI, causadas por el conflicto entre hidalgos y villanos, muy vivo en todo aquel siglo. Pertener

a linaje de labradores confería una radical limpieza de sangre, tan apetecida socialmente. Escribe Américo Castro: "El linaje anónimo permitía hacerse con un linaje; las actividades culturales, económicas o técnicas de cualquier clase se hacían socialmente peligrosas, mientras que la simple condición de rústico confería sangre inmaculada. De ahí que Guzmán de Alfarache se llame a sí mismo "*hijo de nadie*" (I, II, 4)". Y añade Castro poco después: "Al labrador jactancioso que antes encontramos en *El licenciado Vidriera*, le bastaba con arrastrarse por la vida encastillado en su estéril y boba arrogancia, y motejando de judíos a los cristianos nuevos. Cervantes no se quedó ahí, según hubiera podido hacer un escrito 'costumbrista'; fulminando ironía sobre el dato a él presente, dice al engreído labrador que él es tan judío como el otro (y para sí pensaría que el cristiano nuevo tal vez fuese más cristiano que el viejo). Es decir, que lo que para la gente era uso admitido e inerte, para Cervantes se volvió problema".

Mucho más podríamos decir. Pero ya me he excedido del tiempo marcado. Perdón, señoras y señores, si me he extendido más de la cuenta.